

El peculiar sistema electoral de Estados Unidos

Fernando de la Iglesia

Las elecciones presidenciales del 4 de noviembre van a producir, sin duda, un importante cambio político en Estados Unidos. George W. Bush no puede volver a presentarse, porque la Constitución establece un tope de dos mandatos. Y aunque sea bastante habitual que la persona que ha ocupado la Vicepresidencia intente alcanzar la Casa Blanca, en esta ocasión no es así. El candidato del Partido Republicano está ya decidido, será John McCain; los dos aspirantes Hillary Clinton y Barack Obama supondrían una gran renovación, pero el peculiar sistema electoral americano, un tanto darwinista, obliga a que se peleen entre sí para que al final sobreviva el más fuerte.

John McCain, candidato del Partido Republicano, aunque no es ni mucho menos nuevo en la política (es senador por Arizona desde 1986), no ha participado en el Gobierno de Bush, al que disputó la nominación republicana en 2000. Coincide en algunos aspectos con el ideario de Bush, incluida la determinación de seguir en Irak el tiempo que haga falta, y por eso su Presidencia sería, a primera vista, más continuista que la del candidato que finalmente designe el Partido Demócrata. En cualquier caso, la figura de Bush provoca tal rechazo en muchos lugares del mundo y ha crispado de tal manera la política internacional que simplemente el hecho de que desaparezca de la vida pública va a ser ya percibido como un cambio importante.

Que hay ganas de cambio en EE UU es algo que dicen las encuestas y que

se percibe en la calle. Lo que no está claro es cuánto cambio quieren ni a quién están dispuestos a confiar la responsabilidad de dar otra imagen de su país. Y ahí es donde el Partido Demócrata se encuentra con un dilema: cuál de sus dos candidatos personifica mejor el cambio. Los demócratas han tenido la desgracia, aunque podría parecer que es una suerte, de encontrarse a la vez con dos aspirantes muy buenos. Su candidato de hace cuatro años, John Kerry, no despertaba las pasiones que levantan tanto Hillary Rodham Clinton como Barack Obama, y por eso fue derrotado con facilidad por Bush.

Es evidente que los dos aspirantes demócratas representan un gran cambio: Hillary Clinton sería la primera mujer en alcanzar la Presidencia, Barack Obama sería el primer negro en sentarse en el Despacho Oval. Obama, además, es prácticamente un novato en política (sólo lleva cuatro años como senador por Illinois), mientras Clinton es mucho más conocida, por los ocho años que lleva como senadora por Nueva York y, sobre todo, por sus ocho años de «primera dama» durante la Presidencia de su marido Bill Clinton. Los dos tienen gancho. Pero el peculiar sistema electoral americano, un tanto darwinista, obliga a que se peleen entre sí para que al final sobreviva el más fuerte. Uno de los dos quedará en la cuneta y el riesgo para el Partido Demócrata es una división interna que haga más difícil el triunfo de su candidato en noviembre.

Dos sistemas electorales diferentes

Aunque las elecciones legislativas de marzo en España han estado muy personificadas en Rodríguez Zapatero y Rajoy, y parecía realmente que estábamos eligiendo un presidente, aquí y en otros países de Europa lo normal es votar a una lista de un partido. El elector raramente conoce a los candidatos, como mucho al cabeza de lista. Los demás son unos nombres sin rostro. Son los partidos los que deciden quiénes van en la lista, el elector no participa en su confección. La confianza del votante no es para las personas, sino para el partido. Se fía de lo que dice el partido y no conoce nada de la estatura moral y profesional de aquellos a quienes está votando.

En Estados Unidos es justo lo contrario: todos los cargos son muy personalizados. No estamos hablando sólo del presidente, sino también de los senadores, los representantes, los gobernadores o los fiscales de distrito. Quien quiera ocupar uno de esos cargos públicos tiene que ir prácticamente persona por persona pidiendo el voto. Tiene que gastar mucho dinero en anuncios de televisión, por supuesto, pero también tiene que patearse la calle. Allí la gente no vota a nadie si no le conoce, si no le ha visto la cara de cerca.

Se elige un programa, pero, sobre todo y ante todo, se elige a una persona. Y su filiación política importa menos. El hecho de que un candidato vaya respaldado por el Partido Demócrata o el

El peculiar sistema electoral de Estados Unidos

Partido Republicano no implica que esté obligado a una disciplina de partido, ni siquiera que siga al pie de la letra la ideología inscrita en los estatutos del partido. Hay lugares en los que un candidato demócrata puede ser perfectamente más conservador en muchos aspectos que un candidato republicano. Los candidatos intentan adaptarse al humor político de los ciudadanos de su circunscripción para tener más posibilidades de ganar.

Al final, el 4 de noviembre los estadounidenses tendrán que optar entre dos personas. Hay algunos otros candidatos cuya presencia es testimonial. Ralph Nader, que se presenta con la etiqueta de ecologista y defensor de los derechos de los consumidores, podría repetir los 460.000 votos (el 0,4% del total) que obtuvo hace cuatro años, pero lo cierto es que el elector sólo tendrá dos ofertas reales: por un lado, John McCain; por el otro, Barack Obama o Hillary Clinton. Cuál de los dos será el candidato demócrata dependerá del resultado de las elecciones primarias y los *caucus*, otra particularidad de Estados Unidos.

Elecciones primarias: *caucus* y convención

En algunos estados, los menos, el candidato es elegido mediante unas asambleas denominadas «caucus». Los simpatizantes de un partido se reúnen en un local o incluso en una casa privada y debaten las virtudes y defectos de cada candidato. No es ex-

traño que algún candidato comparezca para explicar en persona su programa. La reunión termina con una votación a mano alzada. Se trata, por lo tanto, de un ejemplo de democracia directa muy peculiar y característico Estados Unidos. Los *caucus* más célebres son los de Iowa, porque son los que marcan en enero la salida de la larga carrera electoral que no termina hasta noviembre.

lo que los votantes eligen en las primarias de cada Estado son los delegados que acudirán por ese Estado a la Convención Demócrata y a la Convención Republicana que es donde serán proclamados los candidatos definitivos de cada partido

Sin embargo, el sistema más usado para hacer la criba entre los aspirantes es el de las elecciones primarias, que son organizadas por las autoridades estatales y locales, a diferencia de los *caucus*, que son asunto privado de cada partido. Las primarias son unas elecciones con papeletas y urnas, igual que las de noviembre, aunque con un cuerpo electoral bastante más reducido.

Aquí entra en juego otra particularidad estadounidense: en España y otros países democráticos una perso-

na puede votar por el simple hecho de estar en el censo, en el que entra automáticamente. En cambio, en Estados Unidos quien quiera votar debe ir a registrarse como votante; si no lo hace, no aparecerá en el censo electoral. Esa persona puede registrarse como demócrata, republicana o independiente. No significa que esté siempre obligada a votar por ese partido, sino que es precisamente lo que le permitirá tomar parte en las elecciones primarias. Lo habitual es que en las primarias del Partido Demócrata sólo puedan participar los registrados como demócratas, y en las del Partido Republicano, los registrados como republicanos. En algunos estados, no obstante, se admite la participación de los independientes.

Lo que los votantes eligen en las primarias de cada Estado son los delegados que acudirán por ese Estado a la Convención Demócrata (25 de agosto en Denver) y a la Convención Republicana (1 de septiembre en Minneapolis-St. Paul), que es donde serán proclamados los candidatos definitivos de cada partido. Esos delegados están comprometidos a votar en esas convenciones por un candidato concreto. Por tanto, si un candidato llega a la convención con una mayoría absoluta de delegados, ya sabe que va a conseguir la nominación de su partido y que aquello va a ser una ceremonia de exaltación de su figura. Es lo que va a suceder en la Convención Republicana con John McCain, que ya en marzo superó el

listón de los 1.191 delegados que le garantizan el triunfo.

Las reglas que rigen las primarias son distintas en el Partido Demócrata y en el Republicano. En este último, los delegados se atribuyen por un sistema mayoritario (aunque en unos pocos estados, como Massachusetts, se usa el proporcional). El que gana en un Estado se queda con todos los delegados de ese Estado, y eso es lo que permitió a McCain, que encadenó varias victorias, alzarse con la mayoría de los delegados en la Convención. En el Partido Demócrata, en cambio, rige un sistema proporcional. El que gana consigue una mayoría de delegados, pero el que pierde, si supera el 15% de los votos, también suma algunos delegados, con lo cual es más difícil que uno de los aspirantes se destaque netamente del otro. En Pennsylvania, por ejemplo, Hillary Clinton obtuvo un 10% más de votos que Barack Obama, pero su ventaja fue de sólo 10 delegados. Por eso, únicamente si un candidato gana en muchos estados y con unos márgenes muy elevados puede superar con comodidad el listón de los 2.024 delegados que aseguran la nominación en la Convención Demócrata.

Cuando ningún aspirante llega a la Convención con una mayoría suficiente, se habla de una «*brokered convention*». No es lo habitual, pero se produce de vez en cuando. Es entonces cuando cobra mucha importancia la figura del superdelegado. En la Convención Demócrata son superde-

El peculiar sistema electoral de Estados Unidos

legados, por derecho propio, los senadores, miembros de la Cámara de Representantes, gobernadores, integrantes del Comité Nacional Demócrata y otros militantes del partido que ostentan cargos públicos. Suman casi 800, en torno al 20% del total de delegados en la Convención. Se comprende así la importancia que puede tener su voto en el caso de que la Convención tenga que decidir entre Obama y Clinton. Tienen completa libertad de voto y no están obligados a pronunciarse antes de la Convención, aunque algunos ya han expresado sus preferencias. En el caso del Partido Republicano, el número de superdelegados es menor y además no van a jugar un papel decisivo al contar ya McCain con la cantidad suficiente de compromisarios.

Todo este sistema de primarias y *caucus*, con diferencias de un Estado a otro, se debe a la organización federal de Estados Unidos, y tiene su reflejo también en la elección del presidente.

Elecciones presidenciales: votan los representantes

Para la gente del resto del mundo es difícil entender que el presidente no es elegido en realidad por el conjunto de los estadounidenses, sino que su elección se hace Estado por Estado. Cada Estado tiene derecho a un número de compromisarios en el llamado Colegio Electoral. Ese número es la suma de los senadores y los miembros de la Cámara de Representantes

que corresponden a ese Estado. El de senadores es el mismo para todos los estados, dos, y el de representantes es proporcional a la población. Los estados menos poblados sólo tienen tres votos en el Colegio Electoral. En cambio, California tiene 55, Texas tiene 34, Nueva York 31, Florida 27, y así sucesivamente.

El recuento no se hace a nivel nacional, sino en cada Estado. Y el sistema

*cuando los ciudadanos voten
el 4 de noviembre, estarán
introduciendo una papeleta en
la que constará el nombre de
los candidatos, pero lo que en
realidad están eligiendo ese
día es a los miembros del
Colegio Electoral*

que rige es el mayoritario: el candidato que gana en un Estado, no importa si por un solo voto o por un millón, se queda con todos los compromisarios que corresponden a ese Estado en el Colegio Electoral. Como el número total de integrantes del Colegio Electoral es 538, el candidato que consiga al menos 270 es el que logra la Presidencia. Por lo tanto, en lo que se concentran los candidatos es en ganar aquellos estados que tienen más votos en el Colegio Electoral, de forma

que venciendo en cinco estados grandes y diez medianos, por ejemplo, un candidato puede llegar a la Casa Blanca aunque pierda en todos los demás estados.

Todo esto puede producir además una paradoja: que el que logre la mayoría de los votos en el Colegio Electoral haya conseguido, sin embargo, menos papeletas en el conjunto de Estados Unidos. Ha sucedido cuatro veces en la historia de ese país, y la última fue muy reciente: en el año 2000, Al Gore obtuvo medio millón de votos más que George Bush en todo Estados Unidos; sin embargo, Bush sumó más votos en el Colegio Electoral (274 contra 252) después de ser proclamado ganador en Florida por sólo 537 papeletas de diferencia.

Lo del año 2000 fue algo extraordinario: durante más de un mes, mientras se sucedían los recursos y las impugnaciones, los estadounidenses no sabían quién iba a ser su próximo presidente, hasta que el Tribunal Supremo dictaminó, en una controvertida decisión, que no procedía otro recuento y entregó la victoria a Bush. Si Gore hubiera conseguido únicamente 500 votos más en Florida, o si se hubiera podido demostrar que había habido errores en el escrutinio, el presidente habría sido Al Gore y quizá el mundo se habría ahorrado ocho años de tensión. Hubo más de cien millones de votantes en el conjunto de Estados Unidos, pero al final fueron unos pocos cientos de electores de Florida los que decidieron.

Cuando los ciudadanos voten el 4 de noviembre, estarán introduciendo una papeleta en la que constará el nombre de los candidatos, pero lo que en realidad están eligiendo ese día es a los miembros del Colegio Electoral. Cuarenta días después de las elecciones (41 para ser exactos), se reúnen todos los miembros del Colegio Electoral: los 55 de California, los 34 de Texas, los 32 de Nueva York... y es en esa reunión donde se produce la proclamación efectiva del presidente. El resultado se sabe de antemano, porque los compromisarios están obligados a votar por el candidato para el que han sido elegidos (aunque excepcionalmente ha habido algún desertor).

El peso de la historia de un país federal

Tanto las elecciones primarias como las elecciones presidenciales son, por tanto, elecciones indirectas. Por supuesto que se está eligiendo a un candidato concreto, pero no se hace directamente, sino con intermediarios: los delegados de la Convención y los compromisarios del Colegio Electoral.

Muchos, fuera de Estados Unidos, se preguntan a qué se debe la pervivencia de este sistema tan complejo, y la razón se remonta a la fundación de Estados Unidos como un país federal. Las trece colonias fundadoras se consideraban en pie de igualdad, ningun-

El peculiar sistema electoral de Estados Unidos

na habría aceptado ser menos que las otras. Por eso se creó un Senado en el que todos los estados, independientemente de su población y tamaño, tienen dos senadores; y es una cámara con muchos poderes, a diferencia de lo que suele ocurrir con las segundas cámaras en Europa.

Ese carácter federal se escenificó también al elegir al primer presidente de la Federación, George Washington, en 1789. Cada Estado tenía que decidir a quién prefería como presidente, y ahí no cabía un sistema proporcional. Tenía que quedar claro que «*nosotros los de New Hampshire queremos a Washington*» o «*nosotros los de Carolina del Norte queremos a John Adams*». Era cada Estado por separado el que decidía, no se sumaba el voto de todos los estados, sino que el recuento era en cada uno. Ese carácter federal se ha mantenido hasta hoy y cada Estado está muy orgulloso de su propia personalidad. Por eso se ha mantenido también un sistema electoral que no se aplica en otros estados federales, como Alemania, donde las elecciones para presidente y para canciller son a nivel nacional.

Esto también explica por qué las primarias se prolongan desde enero hasta junio. Se han hecho algunas propuestas para que la votación sea el mismo día en todos los estados, y han sido rechazadas. Una vez más, se trata de escenificar que cada Estado hace lo que quiere, que tiene un cierto grado de soberanía. Para algunos de

ellos, como Iowa y New Hampshire, es una ocasión inmejorable para hacerse notar, porque son los que lanzan la campaña en enero. Son estados poco poblados y económicamente poco significativos, pero todos los ojos se ponen en los *caucus* de Iowa y las *primarias* de New Hampshire. Más de un precandidato ha dicho adiós a sus aspiraciones al no conseguir destacar en esos estados, y otros se han hecho célebres precisamente por triunfar allí: si Obama no hubiera ganado en Iowa, su carrera no habría sido tan meteórica, y el tercer puesto de Hillary Clinton ya anticipó que su campaña no iba a ser el paseo triunfal que ella y sus asesores esperaban. El que quedó segundo, John Edwards, tiró la toalla poco después.

Ese deseo de hacerse notar ha llevado a muchos estados a anticipar sus primarias para aparecer antes bajo los focos, lo cual ha concentrado varias votaciones en algunas fechas, los llamados «*supermartes*». Y eso ha causado un lío más en el Partido Demócrata: Michigan y Florida decidieron anticipar sus primarias, lo cual no fue aceptado por la dirección del partido, que sancionó no computar sus delegados en la Convención. Y resulta que en esos dos estados se impuso Hillary Clinton, con lo cual sus partidarios están exigiendo que se revise la decisión. Si se llegase a la Convención de agosto sin que ni Obama ni Clinton tuviesen delegados suficientes, o si Obama superase el listón por muy poco, seguro que la cuestión de

las primarias de Florida y Michigan complicaría aún más la nominación demócrata.

Democracia, financiación y participación

Fuera de Estados Unidos, mucha gente menosprecia la calidad de la democracia en ese país. Es cierto que tiene muchos talones de Aquiles. Para empezar, la enorme financiación que necesita un candidato para sostener una campaña de más de un año, en la que debe gastar un dineral en viajes y propaganda en televisión. Eso puede hacer al candidato muy dependiente de los grandes grupos económicos. Sin embargo, una parte muy importante del dinero recaudado en cada campaña viene de pequeños donantes, y las campañas se sostienen gracias a la colaboración de muchísimos voluntarios.

Se suele denunciar también el bajo nivel político de los estadounidenses, aludiendo a su demostrada ignorancia acerca de los asuntos del mundo, pero lo cierto es que en estas elecciones primarias se está produciendo un gran debate sobre la política interna y se están desatando pasiones a un nivel pocas veces visto. Habría que remontarse al final de los años 60, cuando la Guerra de Vietnam dividió profundamente a la sociedad americana,

para encontrar una temperatura política tan elevada.

Otra pega que se pone al sistema estadounidense es la baja participación en las elecciones. En efecto, suele votar aproximadamente la mitad de las personas que tendrían derecho a hacerlo, a veces incluso menos. Con lo cual, aquél que es proclamado presidente sólo tiene el respaldo real de un 25-30% de los estadounidenses en edad de votar. Eso se debe, cierto, a que muchos están desencantados con el sistema y ni se molestan en registrarse como votantes. Pero en las últimas elecciones, las de 2004, la participación se acercó al 60%, y parece que este año también puede andar por ahí, si se mantiene en noviembre la expectación que existe ahora.

Ya hay más de un país europeo en el que la participación no es mayor y donde el que gobierna, si no ha conseguido mayoría absoluta y tiene que hacerlo en coalición, no goza de un respaldo electoral mucho mayor que el que tiene habitualmente el presidente americano.

Como se puede observar el sistema electoral estadounidense es muy particular y tiene grandes diferencias con respecto a los usuales en Europa, otra demostración de que, aunque creemos conocer bien EE UU, sigue siendo un país al que entendemos poco. ■